

CARTA XXVIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

JAMAS te podré explicar, Teodoro mio, la inefable dulzura que sintió mi consolado corazón con la noticia de Simon; yo había imaginado con tanta viveza la muerte de aquel estrangero, que su recobro me pareció una resurrección verdadera. Luego que quedé solo, y pude abandonarme á mis propias reflexiones, me hallé diferente de mí mismo; nadaba en un placer interior, en una satisfacción tan íntima, que no me cabía el gozo en el pecho. Entonces entendí por la primera vez que los placeres del alma son de un orden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia ó en la victoria de sus pasiones consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas que todas las que producen los halagos del mundo.

Teodoro mio, no hay bálsamo que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia calmó mi corazón. ¡Dios! me decía yo, si un pecador miserable cubierto de iniquidades; si un infeliz que apenas empieza á llorar y pedir perdón, porque se ha dignado el Señor abrirle los ojos, siente tanto consuelo de que un delito ya consumado por su parte no haya tenido todas las fatales consecuencias que temía, ¿cuál será el del alma dichosa que conserva intacta su inocencia, y cuál el del hombre virtuoso que,

después de haber combatido contra sí mismo, sale victorioso de la tentación?

Esta señal tan manifiesta de la bondad divina, al tiempo que excitaba mi gratitud, alentaba de nuevo mi confianza. Repasaba con horror la dilatada historia de mis excesos; consideraba el colmo de iniquidad á que había llegado, el modo y las raras circunstancias con que Dios me había sacado, el como él mismo me había traído á esta casa, y dádome en ella un santo y zeloso director que me había convencido de mis errores, mostrándome la brillante antorcha de la religión; como me había enseñado la divina ley y conducidome á la Iglesia. Consideraba que ya tenía la dicha de estar en ella, de haber pedido á Dios y obtenido quizá el perdón de mis pecados; que ya estaba cerca el día de solemnizar esta reconciliación divina, y recibir en el mas indigno de los pechos al Dios de amor que se dignaba purificarle.

Todo esto junto me hacia estremecer, me sacaba las lágrimas de los ojos, y me hacia prorumpir en gemidos; yo invocaba, yo clamaba á este Dios: ya le bendecía, y pedía con fervor á todas las criaturas del cielo y la tierra que entonasen conmigo himnos de alabanza, de adoración y gratitud con que glorificarle; ya le ofrecía un dolor vivo, un arrepentimiento eficaz, una obediencia sin límites, un culto reverente y una severa penitencia.

Cuando mi imaginación, calmada un poco, daba alguna tregua á la viveza de mis sensaciones, no se ocupaba mas que en proyectos de reforma de vida;

queria huir para siempre de este mundo impostor que así me habia seducido, de esos ignorantes incrédulos que me habian engañado, de esos hombres viciosos que me habian corrompido; me determinaba á pasar una vida inocente y cristiana en la soledad de mi lugar, y en la casa de campo que poseo cercana á la Iglesia en que descansan los huesos de mis abuelos y de mi esposa; conducir allí mis hijos y familia, educar á los primeros, y enseñar la religion y las virtudes á todos, rescatando con ejemplos de cristiandad mis innumerables escándalos y desenfrenos.

Estas ideas me ocuparon de tal suerte, que pasé en ellas la mayor parte de la noche: dormí poco; pero no era el insomnio inquieto y desabrido del que busca para calmar su fatiga la insensibilidad del sueño; era el desvelo sereno y reflexivo del que no quiere que la torpeza de sus sentidos le prive de las sensaciones de que goza. Allí volvian á renacer todas las ideas de consuelo y de paz que me hicieron tan feliz la noche que siguió al dia venturoso de mi reconciliacion, y allí volví á ver cuanto mas deliciosos eran estos nuevos é ignorados placeres.

Cuando llegó el padre, me preguntó si se habian sosegado mis inquietudes. Yo le conté como habia pasado la noche, y la disposicion en que me hallaba: Todo es obra, me dijo, de nuestro buen Dios; acerquémonos pues con confianza al trono de su misericordia. Dos dias grandes podeis contar en vuestra vida; el primero, cuando en el bautismo la Iglesia os recibió en su seno, y os comunicó los dones del

Espíritu Divino, con que Dios os adoptó por su hijo; y el otro será el domingo, cuando ya reparada esta pérdida, y reconciliado con vuestro padre, os haga comer del pan que ha dejado á la Iglesia para repartirlo entre sus hijos.

Hasta aquí esta santa madre no ha podido trataros sino como penitente, ha llorado con vos vuestros errores, os ha tenido á sus pies, ha intercedido por vos, y ha usado de su potestad para absolveros; pero el domingo os espera en su mesa, os pondréis á su lado, os sentaréis con ella, y ya os verá como un hijo que estrecha entre sus brazos, y le da el ósculo de la caridad fraternal. Hasta ahora no ha podido mas que implorar por vos; pero el domingo el himno del ruego se va á mudar en cántico de gracias. Vos entonaréis con ella las alabanzas del Dios que os perdona; ella será el testigo, el instrumento, el amigo que os conduzca al tálamo del esposo que os espera para enlazarse con vuestra alma.

Ya con la absolucion os habia recibido en el número de sus esposas; pero ahora quiere que se prepare una fiesta, un banquete solemne en que servirán los ángeles, y que adornarán con su presencia los bienaventurados, como testigos que ayudan á cantar la gloria del esposo, no como convidados, pues ya no necesitan de la sagrada vianda que allí se sirve, y que en la figura del cordero cubre todo el esplendor de la magestad divina. Despojados de la mortalidad, y elevados á mas alto grado, ya no hay velos para ellos, ya ven cara á cara al amante esposo, ya gozan

de toda su luz, ya nadan venturosamente en su amoroso seno, y se alimentan de su propia gloria.

Podrán asistir otras de sus esposas que, siempre solícitas y hambrientas de este pan celestial, le buscan con frecuencia. Habrá muchas que por la antigüedad de su amor, ó por la mas ferviente actividad de sus llamas, traigan consigo derechos mas augustos, y puedan ser mas bien vistas por el esposo; pero no caben en esta santa solemnidad ni zelos ni envidias. Las mas dignas serán las que mejor os reciban, las que os abracen con mayor afición, las que tributen mas gracias al esposo de su nueva conquista, y las que mas le rueguen que os eleve á mayor dignidad. Los escándalos de vuestra vida, lejos de entibiarlas, serán nuevo estímulo para amaros mas; porque las servirá de motivo para compadeceros, para admirar el poder de la gracia y las misericordias de su Señor.

Preparémonos pues para este grande día, para esta solemne fiesta, fiesta de inmortalidad en que empezareis á ser habitante del cielo, en que vais á presentaros á los ojos del inmenso bienhechor que se digna de recibir vuestra alma por esposa en presencia de su numerosa corte.

¿Qué esfuerzos, que diligencias no debe hacer una alma para adornarse de todo lo que la puede hacer hermosa para ganar el corazón de un esposo tan alto? ¿y cuánto mayores deben ser las del alma que ha tenido la desgracia de ofenderle largo tiempo?

¿Quién podrá presentarse á este celestial convite

sin ponerse las mejores galas, sus mas ricos adornos? ¿cómo irá una esposa sin la ropa nupcial? Poneos la vuestra, y si sois pobre, si no la teneis, pedidla al esposo. Él es magnífico, tiene tesoros inmensos, y es tan liberal, que siempre da mas que se le pide; pero, para pedírsela, es menester saber lo que se le pide, en que consiste esta vestidura de su boda, cuales son las joyas que él estima, y que pueden haceros mas agradable á sus ojos. No son otras que las disposiciones con que el corazón se presenta á la sagrada mesa, y de estas vamos á hablar.

La primera es entrar íntimamente persuadido de que toda buena disposicion viene del cielo. Hablando en rigor ninguna basta para recibir á Dios dignamente. ¿Qué mortal y débil criatura puede merecer la gracia de recibir á su Criador? Todos los esfuerzos de las mas altas inteligencias no fueran capaces de prepararla bien á accion tan elevada, si el Espíritu Divino no la inflamara con su fuego. ¿Quién se atreviera á acercarse, si el mismo Dios no lo ordenara?

Pero este Dios de bondad ha instituido este sacramento no solo para provecho de los hombres, sino tambien para ostentar su gloria, su amor y misericordia. Debemos pues prepararnos lo mejor que podamos, confesando que no le recibiremos como se debe, si él mismo no nos socorre. Debemos recurrir á su piedad con un corazón tan convencido de nuestra propia miseria, como confiado en su poderosa gracia; debemos pedirle con deseos ardientes que se digne

de purificar nuestro corazon, adornando la estancia en que quiere hospedarse.

El Soberano que debe alojarse en una humilde aldea, sabiendo que los pobres paysanos que la habitan no pueden disponerle una estancia digna de su magestad, envia su recámara que la prepare, y cuando el Rey de los reyes, el Señor de los señores, por una bondad tan excesiva como tan propia de su misericordia, quiere venir á habitar en el seno de un pobre pecador arrepentido que se presenta con su miseria y sus deseos, envia al Espíritu Santo para que derrame en su alma sus divinos dones, y la enriquezca para que sea de algun modo digna de huésped tan augusto.

Pero, para esto, es menester que haga de su parte el pecador todo lo que pueda; y lo primero y mas indispensable es que procure estar limpio de todas las manchas que ha podido contraer. Es menester por lo menos que se haya purificado de toda culpa mortal, y esto es lo que se llama la pureza de la conciencia; sin esto toda comunión seria profanación. Esta es la prueba que nos pide el apóstol, declarando que el que indignamente come el pan y bebe el cáliz del Señor se hace reo de la profanación de su cuerpo y sangre. Así todo pecado mortal que no ha sido confesado, de que no se está arrepentido, ó de que no se tenga voluntad de espiarle con la penitencia, es un obstáculo tan invencible, que la comunión se transforma en sacrilegio.

A Dios gracias, señor, vos habeis hecho una
confesion

confesion entera y completa, y si hago memoria de este requisito, es solo para que agradezcáis á Dios el haberos dado tiempo y gracia para ello. Si la pureza de la conciencia es necesaria para comulgar dignamente, tambien lo es la pureza de intencion; esto es, hacer este acto, que es el mayor de la religion, por el fin único que se debe. Cuanto sea mas puro el fin que el cristiano se proponga, tanto mas fruto sacará de este sacramento. Dios le ha instituido como monumento que ha dejado en su Iglesia, para que renovemos la memoria de su muerte y resurrección. Este debe ser pues nuestro objeto principal; pero, como al mismo tiempo le ha instituido para su gloria, y es tambien el canal por donde nos comunica muchas gracias, tambien podemos dirigir nuestra intencion para glorificarle, y para obtener los demas efectos de su misericordia.

El mas puro, el mas elevado fin que puede proponerse una alma, es comulgar por amor de su Dios para atraer con frecuencia á su corazon á este objeto único de todos sus afectos, para poseerle y consolarse con él, inflamándose de nuevo en las mas encendidas llamas de su amor, para darle gracias por el incomparable beneficio de la redención, para ofrecer al Eterno Padre este su amado y unigénito Hijo, que habiéndose ofrecido en el Calvario, como víctima, para espiar en la cruz todas las culpas de los hombres, viene ahora, como hostia saludable, á espiar particularmente las nuestras. Si en el cielo es el pontífice sagrado que ruega en general por todos los

hombres ; si es el mediador divino que intercede por los pecadores , en el altar es el pontífice y mediador particular del que le reciba con fe , con amor y dolor.

Como este divino Redentor viene en calidad de víctima para espiar con los méritos que adquirió en la cruz los pecados del que le recibe , este debe presentarse tambien como víctima por sus propios pecados , unirse de intencion con la víctima que tiene en su seno , ofrecerla y ofrecerse él mismo á Dios , pedirle que en atencion á la hostia divina que le presenta se sirva de perdonarlos , resignándose á la muerte y demas penas que la divina justicia le destine por la via de su providencia , prometiendo castigarse él mismo con una penitencia severa , y hacer buenas obras que puedan reparar su injusticia ; pedir al mismo Dios , por los méritos de su Hijo , gracia para cumplir estos buenos deseos , con el fin de que pueda presentarle méritos propios sobre que recaiga la aplicacion de los de Jesucristo , y finalmente el don de la perseverancia que le conduzca á morir en su gracia.

Estas deben ser las intenciones generales del cristiano que recibe la sagrada cena con corazon bien dispuesto , estas las consideraciones en que debe ocuparse su espíritu ; pero hay otros muchos motivos particulares que pueden agregarse , y que no harán mas que añadir pureza á su intencion. El que conoce y teme su flaqueza puede recurrir á este divino remedio para que la fortaleza ; el que se siente perseguido de una tentacion , para que le libre de

ella y de todos sus enemigos ; el que desea una gracia particular se dirige á un Hijo tan amado , á quien su Padre no rehusa nada ; el que arde en gratitud , porque Dios le ha sacado del abismo de su iniquidad , y traido á su religion y su iglesia , ó por cualquier otro beneficio , no puede espresarla mejor que presentándole esta hostia saludable , digno objeto de su amor.

El que quiera glorificar á Dios en sus santos ó en alguno de ellos , no lo hará mas dignamente que ofreciéndole en memoria suya este sacrificio de alabanza ; el que , movido del zelo de la caridad , desea la conversion de alguno , ó el consuelo de sus trabajos , ó el lógro de un deseo cristiano , ó en fin el alivio de las almas de sus amigos , parientes y demas que satisfacen á la justicia de Dios con las penas del purgatorio , ¿ qué puede hacer mejor que añadir en su comunión este motivo ? pues nada puede abogar con tanta eficacia por los afligidos , nada puede interceder tan poderosamente con el Padre en favor de los vivos y de los muertos como la sangre preciosa que su Hijo derramó por todos.

Estos motivos son puros , son dignos de este sacramento de amor , y el buen cristiano ha de proponérselos todos. Para conseguir tan excelentes frutos son necesarias estas disposiciones de que vamos hablando. Ninguna es mas eficaz que una entera confianza en Jesucristo , una persuasion íntima de que este divino Redentor es poderoso para obteneros todas estas gracias , y que desea concederlas.

El evangelio está lleno de ejemplos que lo manifiestan. Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesus (1): « Si hubierais estado aquí mi hermano no » hubiera muerto ; pero sé que Dios os concederá » todo lo que le pidiéreis. » Jesus la responde : « Yo » soy la resurreccion y la vida. ¿ Lo creéis ? » Ella vuelve á responder : « Sí, Señor ; siempre he creído » que sois el Cristo, Hijo de Dios vivo. » Esta confesion dió principio al milagro de la resurreccion de Lázaro. Jesucristo quiso que esta piadosa Israelita tuviese una confianza heroica y una fe viva de que Jesus era poderoso para librar á su hermano de la muerte y de la corrupcion.

El enemigo de nuestras almas, que sabe cuan eficaz es esta fe y confianza en nuestro Salvador, se sirve de muchas ilusiones para debilitarla en nuestros corazones ; nos representa con viveza una vida entera cercada de delitos, nos dice en secreto lo que las hermanas de Lázaro decian á Jesus, aunque en sentido diferente ; esto es, que era menester haber empezado antes, que no se llega tan presto cuando se viene de tan lejos, y que llagas tan infectas y antiguas no se curan fácilmente. Con estas y otras ideas de esta especie trabaja por enflaquecer nuestra confianza, y pretende que despues de haber irritado la justicia de Dios con nuestros delitos ultrajemos de nuevo su misericordia con una criminal desconfianza.

Sin duda que una alma que ha estado largo tiempo

(1) *Joann. xi, 3.*

muerta siente mas dificultad en su renovacion interior, y en elevarse desde lo mas profundo de la tierra hasta esta vida celestial, y es conveniente que el pecador mismo conozca cuan terrible es haber vivido tan sin temor de Dios ; pero cuando, sinceramente arrepentido, ha lavado sus llagas en las aguas de la penitencia, su multitud y enormidad no deben turbar su confianza ; sus muchas y grandes miserias deben sí aumentar su compuncion, pero no producir su desaliento.

El primer instinto de su corazon debe ser adorar á Jesucristo como á su resurreccion y vida, y tener una persuasion íntima de que sus miserias son menores que la misericordia y los méritos de su Redentor, una confianza segura de que la sangre del cordero es mas poderosa para purificarle que lo fueron los pecados para corromperle. Por lo mismo que no halla en su indignidad nada que le escuse ; por lo mismo que no puede aguardar de su flaqueza ningun recurso para mejorarse, debe esperar mas de la bondad de aquel que sabe edificar la obra de la gracia sobre la nada de nuestra miseria. Quanto mas conoce su bajeza propia, tanto mas glorifica el poder y misericordia de su Dios, y reconoce que un bien tan alto baja del cielo, y que nunca se le puede atribuir á sí mismo.

En efecto, señor, jamas Dios ha negado nada á quien le pide bien, y cuando le pide por el Hijo que ama. Esta oferta es general y sin reserva alguna. *Pedid, y recibiréis.* Jesucristo dijo á sus discípulos,

y en ellos á nosotros : Todo lo que pidiéreis en mi nombre os será concedido. Él ha convidado á todos los que estan cargados de pecados á recurrir á su bondad, y ha prometido aliviarlos. Vos teneis el horror de vuestros delitos pasados ; pero pues ha movido vuestro corazon , pues os ha traído á su Iglesia , y os ha conducido desde la absolucion á su altar , debéis pensar que quiere coronar en vos la obra de su misericordia y ese mismo terror religioso que os amedrenta es otro indicio de que os llama.

¿ Quien sabe si Jesucristo ha permitido que llegaseis á estado tan deplorable para que el prodigio de vuestra conversion sea un ejemplo y un estímulo para la de vuestros amigos ? ¿ quién sabe si la Providencia ha dispuesto que vuestros excesos sean tan públicos para que otros muchos pecadores que los saben no desesperen de su remedio , y se animen con el espectáculo de vuestra penitencia ? ¿ quién sabe si vuestros delitos y escándalos servirán aun tal vez á los designios de la misericordia divina en favor de otros muchos ? ¿ y si la enfermedad de vuestra alma , que parecia ya desesperada , lejos de terminar en vuestra muerte , será ocasion de manifestar la gloria del Señor , pudiéndose decir de vos lo que Jesucristo dijo de Lázaro : Esta enfermedad no es para muerte , sino para la gloria de Dios ?

Cuando la gracia convierte á un pecador oculto todo el fruto de su conversion es para él solo ; pero cuando escoge á un pecador público y escandaloso , sobre todo si por su distincion y clase ha producido

ejemplos contagiosos , y es un Lázaro , que , muerto despues de largo tiempo , está ya corrompido , los designios de Dios son mas estendidos , y su bondad con la mudanza de un corazon prepara la de otros muchos ; con un escogido suele formar millares , y los delitos de un pecador pueden ser en los altos juicios de Dios la semilla de mil justos. Vos os sentís desalentado reconociendo la gravedad de vuestras culpas , y quizá esta misma gravedad es la que debe animar vuestra confianza , porque ella misma os hace ver cuanto debéis á la eleccion divina , que os ha escogido para monumento público , que acredite la extension de sus misericordias , aun con los mas desordenados delincuentes.

Creed solamente , decia Jesus á las hermanas de Lázaro , y veréis la gloria de Dios. Y yo os digo tambien : Creed á este Dios de amor con fe y reverencia , y quizá veréis que vuestros parientes , vuestros amigos y los cómplices de vuestras iniquidades se hacen los compañeros de vuestra penitencia ; quizá veréis que las almas mas estragadas suspiran con vuestro ejemplo por otra mejor vida , y que las gentes que vivian con mayor abandono dan gloria á Dios , acordándose de vuestros errores , y admirando en vos el poder de la gracia.

Reflexionad pues , señor , que vuestras mismas miserias pueden ser motivos nuevos de valor y confianza. Bendecid la sabiduría inescrutable del Eterno , que sabe sacar hasta de nuestras iniquidades y pasiones nuevos realces á su gloria ; todo coopera al bien de

sus escogidos , y si tal vez permite grandes miserias es para manifestar grandes misericordias. Dios quiere siempre la salvacion de sus criaturas , nada desea mas que perdonarlas , recibirlas en su seno , y llenarlas de bienes ; y cuando imploramos su misericordia no es su justicia lo que debemos temer , pues nos espera con bondad ; no es tampoco nuestra pasada indignidad , pues nuestro dolor la espia ; solo debemos recelar de nosotros mismos , esto es de que nuestra voluntad no sea sincera , que nuestra determinacion de mudar de vida no sea del todo eficaz , que nuestra flaqueza nos impida tomar todas las medidas , todas las precauciones necesarias por mas ásperas , por mas severas que sean , para alejarnos de las ocasiones peligrosas , y ofenderle de nuevo.

Con razon desconfiaria de la obra de la gracia , y de recibir como debe á su Dios , el que no se determina á alejarse de todos los lugares , situaciones y escollos en que tantas veces naufragó su inocencia ; el que no está resuelto á quitar todos los muros , estorbos y embarazos que le separaron de su amor. Las pasiones no se debilitan sino por la ausencia de los objetos que las inflaman ; ¿cómo podrá mudarse un corazon que vive entre peligros que á todas horas le rodean ? ¿cómo puede ser casto el que continua viviendo enmedio de las amistades , familiaridades y placeres que le han corrompido tantas veces ? ¿cómo hará reflexiones serias sobre la eternidad , ni pondrá un intervalo entre la vida y la muerte , el que no le quiere poner entre la muerte y los objetos que le alejan de su enmienda ? ¿cómo es posible que pueda adquirir

el gusto de una vida cristiana y penitente el que no se separa de las agitaciones , pasatiempos y futilidades mundanas ?

Es locura imaginar que un corazon pueda hacerse á nuevas inclinaciones y costumbres enmedio de todo lo que fomenta y fortifica las antiguas , que la lámpara de la fe y de la gracia se encienda entre las tempestades y los uracanes. Esta lámpara tan delicada , que aun en el secreto reposo del santuario se apaga muchas veces por falta de alimento , esta lámpara á quien ni la tranquilidad del retiro puede asegurar su permanencia , ¿ cómo podrá lisonjearse de mantenerla siempre encendida en el borrascoso mar de los peligros ?

Pero vos , señor , estais determinado á alejaros de todas las ocasiones de riesgo , estais resuelto á tomar todas las precauciones de prudencia para fortificaros contra vuestra misma flaqueza , quereis salvaros á todo precio , y por mas que os cueste ; vos adquiris pues el derecho de pedir á Dios que perfeccione su obra ; desde que os separais de todos los objetos que fomentaban vuestras pasiones injustas le podeis decir : Ya eres tú , mi Dios , el que puede acabar la obra de tu piedad ; yo , segun me parece , he hecho de mi parte lo que podia. Ya te he sacrificado todos mis afectos viciosos , y los objetos que los podian resucitar ; ya me he alejado de todos los escollos en que mi débil corazon pudiera experimentar nuevo naufragio , ya he mudado cuanto en mi vida y mi conducta dependia de mí.

Tú solo eres el que puede mudar mi débil corazon ,

y fortificarle con tu gracia; tú solo puedes romper los lazos invisibles, superar los obstáculos interiores, y triunfar de toda mi envejecida corrupción. Ya está quitada la losa fatal que me impedía escuchar tu voz; ahora te toca ordenarme, como á Lázaro, salir de esta tumba funesta, de este abismo de miserias y de horror. Ordénamelo, Señor, con esa voz activa y poderosa que resucita á los muertos, y los llena de vida; ya vuestro ministro me ha desatado las cadenas con que estaba mi alma aprisionada; pero vos solo podeis hacer que yo conserve esta libertad que me ha dado; vos solo podeis hacer que este convaleciente se restituya á una salud entera, y que la nueva vida que comienza sea el principio de la vida eterna.

Ved aquí, señor, como la confianza en la bondad divina, cuando está apoyada en serias y prácticas resoluciones, puede alentar el mayor pecador, para que se presente á la divina mesa; y si lleva consigo todas las demas circunstancias que exige un don tan inefable, puede esperar los frutos soberanos que produce este pan celestial en las almas bien dispuestas. Pero, ¿quién, por poco que considere la grandeza de esta accion, no se llenará de estupor y asombro religioso? ¿quién es el que viene? El Dios inmenso, infinito, omnipotente, criador del cielo y de la tierra; el Ser de los seres, que existe necesariamente por la naturaleza de su propio ser, que existe solo por sí mismo, y ha dado el ser á cuanto existe, á cuanto los ojos ven, á cuanto el entendimiento sabe; el ser inmutable y permanente, á cuyos pies se suceden y

se renuevan todas sus criaturas que se reproducen; el Dios inalterable y eterno que ve pasar las generaciones que se desaparecen, los imperios que se destruyen, y los monumentos que se desmoronan; el Dios amable, principio y modelo de todas las hermosuras, fuente primordial de todas las gracias, causa original de todos los castos amores; el Dios amante, que nos ha dado la existencia, y con ella todos los bienes que nos comunica y todas las esperanzas eternas que nos promete; que nos ama tanto, que nos ha dado tambien á su Hijo amado para rescatarnos de nuestra esclavitud, para sostenernos contra nuestra flaqueza, y ayudarnos á conseguir los bienes últimos y perdurables; el Verbo divino, la sabiduría increada, que, engendrado antes de que hubiese siglos en el seno de su eterno Padre, vino en el tiempo al de una vírgen pura, y uniéndose con la carne y sangre que de ella preparó el Espíritu Santo, y con la perfectísima alma que fué criada para él solo, sin dejar de ser Dios se hizo hombre, nació, murió, resucitó y subió á los cielos, en donde rey de la gloria, y revestido de toda potestad, está á la diestra de su Padre, y es allí la dicha de los ángeles y el placer inmortal de los bienaventurados, ahora viene á esconderse y visitar el corazón humilde que le llama é implora.

El Dios amante, que, no contento con haber vivido y conversado con los hombres; no contento con haberles traído la luz del evangelio, y haberles enseñado el camino de la gloria en donde los espera, ha querido dejarles este monumento de su amor, esta

memoria de su sacrificio, este socorro con que los consuela en su destierro. El Dios en fin que parece está impaciente porque está separado de sus escogidos, á quien su ingenioso amor sugirió la invencion divina de esconderse en el sacramento eucarístico para comunicar con ellos secretamente miéntras llega el día de la claridad, en que, cumplidos sus inmutables decretos, se los mostrará en toda la estension de su gloria, inundando sus corazones en eternos torrentes de delicias.

¿Y á quién viene este Dios tan magnífico como inmenso? A sus débiles y deleznable criaturas, á hombres que sacó de la nada, y que formó de barro; á hechuras suyas, que no tienen de sí mismas sino corrupcion y bajeza, que si tienen algo, todo lo deben á su gracia ó á su misericordia. Y si la criatura mas perfecta, la que le ha servido con mas fidelidad y mas constancia es indigna de bien tan soberano, ¿qué será el misero mortal que ha tenido la desgracia de ofenderle, que le ha desconocido, que ha adorado dioses estraños, y que ha preferido viles criaturas á su Dios verdadero? ¿Y por qué? Por entregarse á placeres frivolos y groseros, quebrantando sus leyes, despreciando su sangre, y renunciando á su amistad.

¿A qué viene? A perdonarle, á restituirle los bienes que ha perdido, á sacarle de las sombras y de la region de los muertos en que se habia sepultado, á darle nueva vida, nuevas esperanzas, y ponerle otra vez en el camino que conduce á la mansion celestial.

¿Cómo viene? Un día vendrá con toda la pompa de su magestad; una nube brillante será el carro que le conduzca, los ángeles ministros de su voluntad le acompañarán para ser ejecutores de su invariable justicia, el cielo temblará, la tierra se estremecerá, los muertos llenos de terror saldrán despavoridos de sus sepulcros al son de la espantosa trompeta, y vendrán á escuchar la inexorable sentencia que pronunciará este supremo juez.

Pero ahora no viene de este modo; viene como padre, como amigo; viene en el trono de su misericordia á confortar á los que le aman, á consolar á los afligidos, y á sostener á los débiles; viene con las alas del divino amor á satisfacer su inmensa é inagotable beneficencia, á cumplir su palabra de permanecer con los que comen su carne, de aliviar á los que se sienten fatigados y le piden socorro, de introducirse en su corazon y comunicarles los dones de su espíritu, de hacerse uno con ellos, y ofrecerse con ellos de nuevo á su eterno Padre para que confirme esta union y la haga eterna.

¿Quién podrá considerar tanta magestad y tanta dignacion sin sentirse penetrado de amor y respeto? El hombre débil está á vista de su Dios que descende hasta él; un velo sagrado le cubre, pero la fe le dice que aquello que parece pan es Jesucristo, el mismo que ha criado el mundo, que le conserva y le gobierna; aquel en cuya presencia las columnas del cielo se estremecen, aquel á quien toda la naturaleza se postra, aquel en fin en cuya comparacion todo el